



ESFINGE
conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 129 Septiembre 2023

La conquista interior

Te van a hacer cambiar

El ashvattha, el árbol sagrado de la India

Edward Bernays o el manejo de la opinión pública

La sociedad del cansancio

Helena P. Blavatsky y el respeto animal

La ética: enlace necesario entre ciencia y sociedad

SUMARIO

4 LA CONQUISTA INTERIOR



8



Te van a hacer cambiar
ARDE BOGOTÁ

11



el ashvattha
EL ÁRBOL SAGRADO DE LA
INDIA



Revista digital n.º 129 Septiembre 2023
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

Delia Steinberg Guzmán, directora
M.ª Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.



EDWARD BERNAYS
o el manejo de la
opinión pública



16

24



LA SOCIEDAD DEL
CANSANCIO

H. P. Blavatsky
y el
RESPECTO ANIMAL

34



LA ÉTICA:

enlace necesario entre ciencia y sociedad

44





Se fue una mujer sabia

Quienes participamos en el proyecto de nuestra revista *Esfinge* sentimos la marcha de nuestra directora, Delia Steinberg Guzmán, que ha fallecido el 15 de agosto, en Mallorca, donde pasaba unos días de descanso bien merecido. Esta triste noticia nos ha sorprendido con la revista de este mes ya cerrada y ya estamos preparando el número especial dedicado a su figura, como homenaje a su dirección.

Delia ha sido nuestra directora desde 1974, cuando inició esta aventura como *Revista Nueva Acrópolis*, *Cuadernos de Cultura* después y, por último, en el año 2000, como revista *Esfinge*, hasta hoy. Las páginas de estas publicaciones guardan sus artículos y series temáticas, como «Entre nosotros», «Al final del día». «Algo para contar» o «Preguntémonos», entre otros muchos. Estos escritos muestran su solvencia para llevar la filosofía a la vida cotidiana de todo tipo de personas, colaborando en la tarea de reflexionar sobre los acontecimientos que a veces nos sorprenden y así encontrar el sentido de nuestras vidas.

Delia era una mujer sabia, en toda la extensión de esta manera de definirla. Como amante de la música, de la literatura y la filosofía, nos ha ofrecido su ejemplo de dignidad y amor al conocimiento. Su compromiso con los grandes ideales que iluminan el camino de los seres humanos ha hecho posible que se abran nuevos caminos para la convivencia, la educación y la solidaridad, como ejes de su vida y la de los que la han conocido y aprendido de ella. Para todos los que la conocieron era innegablemente una mujer excepcional, un ejemplo de humanidad y sabiduría.

El Equipo de Esfinge

La conquista INTERIOR

Delia Steinberg Guzmán

El pasado 15 de agosto falleció Delia Steinberg Guzmán, quien fuera fundadora de esta revista y, hasta la fecha, su directora.

Hemos querido, como pequeño homenaje, publicar aquí uno de sus innumerables artículos, alumbrados siempre por una claridad extraordinaria y un sentido práctico que, además, demostró de forma patente con el ejemplo de su propia vida. En este caso, se trata de uno de los textos que están incluidos en su libro Filosofía para vivir (Editorial Nueva Acrópolis. Madrid, 2019), y que nos transmite enseñanzas tan inspiradoras como esta: «La vida es un tesoro de sabiduría cuando se aprende a vencer el miedo en cada paso. Se trata de tu vida, de tus pasos. No tengas miedo».

La voz de la conciencia

El filósofo requiere la aprobación de su conciencia. Pero, cuidado, no llamemos conciencia a los simples apetitos, a las dudas sin respuesta, a las debilidades, a la sinrazón. Para que la conciencia pueda hablarnos y señalarnos lo que es conveniente o no, antes debe despertar como tal conciencia. Antes, uno debe haberse cultivado en el desarrollo de la fortaleza moral, del discernimiento, de la catarsis de los sentimientos. Debe haber actuado y haberse equivocado sin miedo a reconocer los errores, sin miedo a rectificar lo que no es válido. Debe haber pasado por muchas pruebas para reconocer esa voz interior como algo íntimo, estable, consustanciado con su verdadero ser, voz que no se altera con el clima de las pasiones ni de las modalidades cambiantes.

Intuición y mística

Por mística no entendemos una simple actitud contemplativa, sino una visión intuitiva e inteligente del mundo, que nos transforma y nos lleva a actuar en consecuencia, de acuerdo con las leyes naturales.

¿Cómo se logra esa visión intuitiva e inteligente? Indudablemente, es una visión o percepción que rebasa lo intelectual y racional. Es el alma quien percibe, es el aspecto más elevado de nuestra conciencia el que puede desvelar paulatinamente los misterios. Los antiguos egipcios explicaban que los misterios se intuyen o se perciben con el corazón, ese corazón especial que constituye el alma humana. Extraemos del libro *El mundo mágico del antiguo Egipto*, de Christian Jacq, las siguientes palabras:

«... el centro de las percepciones más finas es el corazón. No es el órgano en sí, sino el centro inmaterial del ser...».

El corazón nos permite sentirnos unidos a la naturaleza entera, a todos los seres, y percibir una misma energía en todo y en todos, aunque adaptada a las diversas formas y circunstancias. De este modo es más sencillo entrar en contacto con el propio espíritu, con Dios... y romper las terribles barreras que, según la mente, separan la vida de la muerte. La energía es una y permanente.

Actuar con el corazón

El corazón representa nuestro punto medio: no es el plano emotivo o sentimental, sino la mente con emociones o la emoción con pensamientos.

El corazón es el alma, lo que nos «anima»: sentimientos e ideas; es el intermedio humano entre nuestro espíritu, aún no conscientemente actualizado, y la materia de nuestro cuerpo.

El corazón es el eje, un punto de estabilidad si sabemos combinar las exigencias corporales y las realidades espirituales.

En la fuente del entusiasmo: la intuición

El auténtico entusiasmo es mucho más que una emoción, aunque las emociones pueden llevar a él si son cuidadosamente dirigidas.



Ese entusiasmo superior vive en un plano más alto, donde reside la intuición, en la fuente misma de la inspiración sagrada. Por eso es «Dios en nosotros», la inspiración divina o aquello que los dioses inspiran en nosotros. Las intuiciones surgen como una chispa inmediata de comprensión total y profunda; son de fuego, como las emociones, pero de un fuego mucho más estable porque no está sometido al devaneo de la psiquis ni al juego de las dudas de la mente.

La sabiduría

La sabiduría no es llenarse la cabeza con ideas que nunca se aplicarán (por miedo, por cobardía o por comodidad); sabiduría es aprender a vivir, a evolucionar, llegar a sentirse más firmes y seguros.

Es evidente que para llegar a la sabiduría hay que atravesar muchos caminos desconocidos, hay que abrirse paso por la intrincada selva de las experiencias. Quedarse atrás por miedo, creer que evitaremos estos encuentros con lo desconocido es, apenas, aplazar el sentido inexorable de la vida, y vivir lo que nos queda por delante con la sombra permanente del temor, de lo que se pudo hacer y no se hizo...

La vida es un tesoro de sabiduría cuando se aprende a vencer el miedo en cada paso. Se trata de tu vida, de tus pasos. No tengas miedo.

El cofre de oro de los mejores recuerdos

Todos tenemos, más profunda o superficialmente escondido, un baúl de recuerdos, algunos agradables y reconfortantes, otros melancólicos e hirientes. Pero son todos nuestros y los queremos como tales porque forman parte de ese tesoro que son las experiencias, los hechos que hemos vivido y que se nos han vuelto imborrables. Nadie





guarda recuerdos anodinos e indiferentes al corazón. Un tesoro puede ser de oro o de hierro, pero vale por lo que representa.

Allí, en ese baúl de recuerdos que se agranda con el paso del tiempo, encerramos nuestras joyas más preciosas, que brillan con solo evocarlas y que conservan el peso de lo válido y permanente. Es nuestro particular cofre de oro.

Tú puedes formar cadena... tú puedes construir el futuro

Lo nuestro es comprender. Nuestra comprensión ha de ser puente; lo nuestro es querer saber más; lo nuestro es conocer la verdad, nuestra verdad y la de los demás; entender lo que somos todos y lo que somos cada uno de nosotros; tener piedad por todos nosotros y tener piedad por cada uno de nosotros. Y extenderla como un río, porque será la única forma en que logremos unir hombre con hombre, corazón con corazón, alma con alma, hasta que ese conjunto pueda recibir el digno título de humanidad, hasta que la humanidad entera pueda estar unida con Dios. La cadena empieza con cada mano que se une con otra mano, y la cadena —al menos para nosotros, en esta dimensión y en este momento— terminará cuando todos, en conjunto, podamos sentirnos fuertemente ligados a la Divinidad.

Imágenes

Capullo de magnolia: Annette Meyer en Pixabay

Corazón de piedra: Gundula Vogel en Pixabay

Cofre: David Swarzenberg en Pixabay

Escalera: Dimitris Vetsikas en Pixabay



Uno de los momentos en que más disfruto escuchando música es cuando viajo solo en mi automóvil. Amo conducir y también me apasiona la música. El problema es que, cuando viajo acompañado, debo adaptarme a los gustos de los que viajan conmigo, que no siempre coinciden con los míos. Además, el volumen del reproductor debe estar a un nivel que permita una conversación. Sin embargo, aquel caluroso martes de junio viajaba solo por el Maestrazgo de Castellón escuchando a un grupo de finales de los 60 y principios de los 70, llamado Creedence Clearwater Revival. Aunque son muy conocidos y tuvieron gran influencia en el rock posterior, es posible que los más jóvenes no los conozcan y es por eso por lo que recomiendo que los escuchen con calma.

Disfruté mucho durante el viaje con las hermosas melodías y la característica voz de John Fogerty hasta que, finalmente, dejé atrás los montañosos paisajes del interior de Castellón y, en el primer semáforo en el que me detuve al llegar a la ciudad, fui consciente de que mi viaje había concluido. Al bajar la ventanilla de mi vehículo, un sonido a gran volumen, totalmente opuesto a las guitarras de los californianos, atronaba desde el coche estacionado a mi lado. Rápidamente subí la ventanilla para no escuchar lo que más tarde supe (tras buscar en la web) que era un tema del popular Bad Bunny.

Soy consciente de que el rock no es la música mayoritaria hoy en día y que otros estilos musicales como el que populariza el antes mencionado artista apasionan a los jóvenes en la actualidad. No es mi intención demonizar ningún estilo musical. Es muy simple: para mí la música se divide en buena música y música «menos buena». Soy fiel a la buena música y detesto profundamente la que no me gusta.

Arde Bogotá es un grupo murciano de rock surgido en Cartagena en 2017 y pertenecen a lo que yo defino como buena música. Entre sus preferencias encontramos a Foo Fighters, Arctic Monkeys e incluso Héroes del Silencio. Para los críticos son la banda de referencia del momento, con permiso de Viva Suecia, y están triunfando a pesar de su sonido basado en las guitarras. Ellos se definen con cierto orgullo como un grupo de rock y son conscientes de la dificultad de ser fieles a un estilo musical que algunos «sentencian» como muerto desde hace algún tiempo.

«Seguramente, el rock and roll no es la música mayoritaria ahora, no es lo *mainstream*, pero se mantiene y siempre se mantendrá, porque hay algo en ver a un tipo con una guitarra encima del escenario que no ocurre en ningún otro espectáculo o experiencia vital».

«No creemos que nosotros seamos un oasis; simplemente somos parte de los que siguen en la travesía del desierto. Siempre habrá nómadas y bereberes».

La canción que he escogido hoy pertenece al disco *El tiempo y la actitud*, de 2020, y refleja bastante acertadamente lo que representa el paso del tiempo y cómo la mentalidad de los seres humanos se va transmutando, va evolucionando a través de los cambios que vamos experimentando. Sin embargo, algo que es natural puede encerrar una serie de peligros de los cuales nos advierten los murcianos:

«*Te van a hacer cambiar* habla del paso del tiempo ligado al abandono de los ideales. El tiempo pasa, conocemos gente en nuestro camino, las circunstancias nos arrastran. Nos volvemos poco a poco más conformistas y nos sentimos menos capaces de cambiar el mundo».

Un ideal es una forma de vida; consistiría en ser fieles durante nuestra existencia a aquellas ideas que consideramos pilares esenciales de nuestro pensamiento. Los antiguos griegos nos recordaban que ser fiel a nuestro ideal de vida, a pesar de las circunstancias adversas y también de las favorables (tan peligrosas unas como otras), nos acerca al concepto que ellos expresaban como la Afrodita de oro. En la mitología griega, la Afrodita de oro o la eterna juventud vive en los corazones de los que nunca se rinden. Son los que se hacen preguntas y tratan de buscar respuestas a los grandes enigmas de la vida.



Sin embargo, como bien dice el tema de Arde Bogotá, lo que llamamos circunstancias, fundamentalmente dependen de nosotros mismos. Hace años escuché una enseñanza de un hombre sabio que decía que los seres humanos normalmente nos movemos entre dos polos, el de los recuerdos pasados y el de los proyectos futuros. Si seguimos teniendo proyectos, si nuestros sueños de juventud todavía viven en nosotros, significa que somos jóvenes de espíritu. Por el contrario, si solemos recurrir al pasado y solo vivimos de nuestros recuerdos pensando en lo que quisimos hacer y no pudimos, es que la Afrodita de oro nos ha abandonado.

A lo largo de la historia encontramos una contraposición entre idealismo y materialismo. Para el materialismo todo es materia y, por lo tanto, la conciencia es el resultado del azar. Para las ideologías materialistas el motor esencial que mueve a los seres humanos es la economía. Ya no se habla de héroes ni de grandes místicos: la búsqueda de la felicidad se relaciona sobre todo con el bienestar económico.

Para el idealismo hay algo más que la materia; el idealista piensa y lucha por un mundo mejor. Para ello el ser humano debe mejorarse y, al mejorarse a sí mismo, mejorará su entorno. La vida entonces tiene una finalidad, esa finalidad es mejorar el mundo.

Decía José Ingenieros (filósofo italoargentino de fines del siglo XIX y principios del XX): «Lo único malo es carecer de ideales y esclavizarse a las contingencias de la vida práctica inmediata, renunciando a la posibilidad de la perfección moral».

Querido lector, no permitas que te hagan cambiar, sé fiel a ti mismo y sigue luchando por un mundo mejor que el que vives. Sé eternamente joven.

Imágenes

Arde Bogotá: Goldorak, CC BY-SA 4.0 <<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0>>, via Wikimedia Commons

Globo en forma de corazón: Virtosmedia en 123F





La civilización occidental, fundamentada en el pensamiento griego y romano, y también en el bíblico, ha representado de mil maneras la escena del Génesis sobre el árbol del conocimiento del bien y del mal y el árbol de la vida. La serpiente tentadora y la amable oferta de Eva y el querer ser como dioses nos hicieron, según el mismo, víctimas a todos del pecado de Adán.

Como en el mito bíblico, el árbol es uno de los símbolos más importantes de las religiones antiguas, expresión, junto a la serpiente, del ser divino que nace de los abismos del No-Ser, Ser del Todo, hasta crear este mundo material y sensible.

Así sucede, por ejemplo, con el árbol religioso y símbolo del *ashvattha*, con raíces en el cielo y ramas hacia la tierra, invertido, generando todo cuanto existe en su descenso o crecimiento, y comenzando a morir en su máxima expansión, cuando toca la materia.

Es un árbol que se desarrolla en todas las regiones del mundo mental, como el espíritu humano; de ahí que sus hojas sean los Vedas mismos, el esqueleto o ADN del conocimiento real, las palabras e himnos que cristalizan en la mente la sabiduría eterna e infinita.

H. P. Blavatsky, en su «Culto del árbol, la serpiente y el cocodrilo», en su *Doctrina Secreta*, describe estas ideas, símbolo y árbol.

«El árbol estaba invertido, y sus raíces nacían en el cielo surgiendo de la Raíz sin Raíz del Ser-Todo. Su tronco creció y se desarrolló; al cruzar los planos del Pleroma, proyectó transversalmente sus ramas exuberantes, primero en el plano de la materia apenas diferenciada, y luego hacia abajo, hasta que tocaron el plano terrestre».

Se asocia generalmente este árbol a la higuera sagrada (*Ficus Religiosa*) y también al árbol Bodhi bajo cuyas ramas meditó el Buda hasta que obtuvo la Iluminación.



El gran filósofo vedantino Shankara explica esta palabra con la etimología *shva* ('mañana'), *stha* ('aquello que permanece'). Sugerente alusión, ya que este árbol es el de la Mente, y como todo lo que nace, vive y muere, o simplemente está y resiste, tiene una raíz mental, que surge desde el Misterio, y a él ha de volver; lo que indica, entonces, es «el mañana que será», porque está determinado en el Plan, o se han generado causas para ello. Es entonces el Árbol de la Existencia y la suma de causas que necesariamente generarán efectos, lo que los budistas mencionan como *skandas* kármicos.

Es por ello por lo que el Bhagavad Gita nos anima a destruirlo con la espada de la sabiduría, destruyendo el mañana que será, cuyo follaje no nos deja ver ni vivir la eternidad que siempre es, el Nirvana, la única que fundamenta la recta acción.

En este libro, en el capítulo XV, leemos:

«Raíces para arriba y ramos hacia abajo, así describieron el imperecedero (árbol) ashvattha, cuyas hojas son la métrica de los himnos védicos: quien conoció esto, conoce el Veda.

Sus ramos se propagan abajo y arriba, desarrollados por las cualidades (*gunas*), y sus retoños son los objetos de los sentidos.

Las raíces se difunden hacia abajo, dimanando en las acciones del mundo humano.

Como tal, sus formas no son aquí percibidas, ni su fin, ni su inicio, ni su fundación.

Este (árbol) ashvattha tiene la raíz bien en las entrañas, córtala con el arma del desapego.

Después esfuérzate por encontrar aquel lugar desde el cual, habiendo llegado, nadie vuelve hacia atrás».

H. P. Blavatsky, en el artículo antes mencionado, explica muy bien el sentido de esta última enseñanza:

«Por eso se dice en el Bhagavad Gita que el Árbol de la Vida y de la Existencia, Ashvattha, cuya destrucción es lo único que conduce a la inmortalidad, crece con sus raíces arriba y sus ramas abajo. Las raíces representan el Supremo Ser o Causa Primera, el Logos; pero hay que ir más allá de estas raíces para unirse uno mismo con Krishna, que, dice Arjuna, es “más grande que Brahmâ, y la Causa Primera... lo indestructible, lo que es, lo que no es y lo que está más allá de ellos”. Sus ramas principales son el Hiranyagarbha (Brahma o Brahman, en sus manifestaciones más elevadas, dice Shrîdhara Svâmin y Madhusûdana), los más elevados Dhyân Chohans o Devas. Los Vedas son sus hojas. Solo aquel que va más allá de las raíces no volverá más; esto es, no reencarnará durante esta Edad de Brahmâ.

Solo cuando sus ramas puras tocaron el lodo terrestre del jardín del Edén, de nuestra Raza Adámica, se manchó este árbol con el contacto y perdió su prístina pureza; y la Serpiente de la Eternidad, el Logos nacido del cielo, se degradó finalmente».

Aquello que crece en la mente se proyecta en el mundo de la acción y la materia; pues la mente misma ya es materia en su estado más sutil. De ahí que el reino de soberanía de este árbol celeste-terrestre sea el de las tres *gunas* o cualidades de la materia: *rajas* (exceso) - *tamas* (defecto) - *satva* (justo medio).

Una explicación más esotérica y profundamente filosófica la encontramos en el libro de Nilakantha Sri Ram, *An Approach to Reality*, en el capítulo «La realidad en nosotros mismos». Aquí, más bien se presenta un acto de existencia o creación puro, no motivado por el karma, sino por la necesidad de ser o expresión de lo divino. El árbol es transformado en loto que crece con las raíces en el misterio y proyecta su rayo de verdad abierta como una flor perfecta en la mente:

«Y podríamos decir que Atman, el cual está más allá de Buddhi, representa el estado de felicidad sin sueños, raíz de toda creación perfecta. Podemos considerar a Atman



como la raíz que extiende su creación a la región de Manas por medio del tallo de Buddhi. El tallo deriva de la raíz su vida y su impulso. Podemos imaginar el gracioso y esbelto tallo como el de un loto que a cada momento exhibe una flor perfecta, una creación nueva. Manas suministra el material para esa flor perfecta; Manas lo ha ido acumulando».

Del mismo modo que sucede en la meditación liberadora del Buda, también se dice que Krishna se sentó bajo la bóveda siempre verde de este árbol en el día de su partida al Cielo. Y que los Puroravas, creciendo junto a este árbol, pero fuera de él, generaron por fricción el fuego ritual. En el reino de lo manifestado, solo hay luz cuando hay llama, y solo hay llama cuando hay fricción, lucha, encuentro de lo uno y lo otro, una síntesis armónica del encuentro de opuestos.

En los textos védicos más antiguos, por ejemplo, en los Upanishads, en el famoso pasaje en que la muerte, Yama, instruye a Naciketa, también es descrito dicho árbol:

«Hay un árbol muy antiguo cuyas raíces crecen hacia arriba y sus ramos hacia abajo; que en verdad, se llama lo Radiante, Brahma, pues solo él es inmortal. Todos los mundos están contenidos en él, nada va más allá. Esto es».

Y aquí se indica claramente que este árbol (de la vida y del conocimiento a la vez) es Brahma, el Dios creador-creación mismo. Como cuando Séneca dice que la naturaleza es lo que vemos de Dios, así podemos decir de Brahma y su universo de infinitud de esferas y mundos. Recordemos que la misma etimología de Brahma es *brih*, el acto de abrirse y expandirse de la semilla, lo que indica que Brahma es el Árbol de la Existencia, en todos los planos desde su conciencia, que surge y se abre desde la mente divina.

El mismo Krishna, como alma universal o Logos, en el capítulo X del Bhagavad Gita, en que dice Él ser lo excelso de cada reino y categoría, menciona que entre los árboles, es el ashvattha.





Otras veces es la Trimurti, el AUM mismo (Brahma-Vishnu-Siva) quien usa el árbol como «trono», y como tal es adorado.

También en los Puranas se menciona que Vishnu mora en la raíz, Hari (el que disipa la ignorancia) en las hojas y Achyuta (el inconquistable, el que no puede decaer) en los frutos. Quizás Achyuta sea símbolo de la encarnación o descenso entre los humanos de este mismo poder divino, o sea, el avatara.

Una leyenda, y que explica su etimología (*ashva*-caballo), dice que Agni, dios del fuego, era el mensajero entre los hombres y los diferentes dioses, pero que continuamente requerido se cansó de esta misión de mero intermediario. Huyó entonces convirtiéndose en un caballo y ocultándose en el árbol ashvattha.

Quizás esta sea una metáfora sobre la necesidad, para hallar el fuego divino, de dejar de hacer peticiones a los dioses y participar mejor de su obra, y en vez de buscar mensajeros para los deseos mortales, ser mensajeros de los designios divinos, entrando así en el Árbol de la Ley y Acción Universal. Mejor que el fuego evanescente y humeante de nuestros deseos, es aquel que es la quintaesencia misma de la acción universal, y en la que podemos arder felizmente, si nos despojamos de nuestras fantasías y salimos del torpor de nuestra ignorancia.

Imágenes

Ashvattha: Dinesh Valke from Thane, India, via Wikimedia Commons

Anandabodhi:myself, via Wikimedia Commons

Loto: Virtosmedia en 123F

Bosque: JPlenio en Pixabay

Árbol: Eva Schmidseder en Pixabay



Hoy en día estamos acostumbrados, desafortunadamente, a la influencia de la publicidad en nuestras vidas ofreciéndonos productos de los que nunca hemos oído hablar, pero que son sin duda lo que «esperamos» o lo que «queremos» y de lo que todavía no nos hemos enterado, pero ya se encargará la publicidad de hacérselo saber para, acto seguido, nosotros ir a por ellos y adquirirlos.

También existen asesores de imagen que protegen a sus clientes presentándolos de la mejor manera posible y haciendo desaparecer cualquier cosa que pudiera empañar tal imagen. En el caso de las ideas o más bien ideologías, sean estas de tipo político o religioso, estaríamos hablando de propaganda, aunque el término no se utilice hoy en día por mala prensa y para diferenciarlo de la publicidad, que se refiere a productos físicos, aunque hace ya un tiempo que muchas empresas empezaron a denominar «productos» a sus servicios, pero eso es tan solo uno de los tantos ejemplos del vaciamiento conceptual tan común en nuestros días.

Nos preguntamos cuál es el origen de todo esto, cómo comenzó y por qué razón lo aceptamos sin chistar. Veamos.

El padre de las relaciones públicas

El personaje que nos interesa es Edward Bernays, nacido en Viena en 1891, pero criado en Estados Unidos, adonde sus padres emigraron al año de nacer él. Su madre era hermana de Sigmund Freud, y su padre, hermano de la esposa de Sigmund Freud; es decir, que no se llamó Freud de milagro, lo que de alguna manera contribuyó a que sea prácticamente desconocido por el gran público. Murió en 1995, pero en una entrevista que le hicieron en 1985 en televisión, el presentador se atrevió a preguntarle por su edad, a lo que contestó que cronológicamente tenía noventa y tres, fisiológicamente

sesenta y uno, mentalmente estimaba que unos cuarenta y cinco, y luego había dos edades más, en lo emocional y social, que prefería reservarse para sí.

Su padre era un comerciante en granos, por lo que le hizo estudiar en la Universidad de Cornell, especializada en estudios de agricultura, pero, muy a pesar de su progenitor, la agricultura no era lo suyo, por lo que se dedicó sobre todo a editar el periódico estudiantil y, una vez terminados los estudios, abrirse camino lejos, en otros campos.

Utilizó su habilidad asesorando a personalidades y logró a los veintiséis años formar parte del Comité de Información Pública (nombre orwelliano por donde se le mire) del presidente Wilson, creado para convencer a la opinión pública americana de la necesidad de entrar en la Primera Guerra Mundial. Esa guerra, que se suponía que sería «la guerra que acabaría con todas las guerras», no tenía ningún interés para el americano medio, que veía a Europa como algo muy lejano y remoto. Por ello, convencieron al público americano de la necesidad de entrar en guerra para convertir el mundo en «un lugar seguro para la democracia». Esto tuvo como efecto secundario el generar un fuerte sentimiento antigermano en el país, hasta el punto de que la Orquesta Sinfónica de Boston no podía interpretar obras de Beethoven, por ejemplo. Pero la campaña tuvo un éxito tremendo, los Estados Unidos entraron en guerra y fue una clara demostración de cómo se podía manipular a la opinión pública.

Contacto con las ideas de Freud

Luego, acompañó al presidente Wilson en su viaje triunfal a Europa, en donde pudo entrar en contacto indirecto con su famoso tío. Uno de sus colegas debía pasar por Viena de camino a Checoslovaquia, y Bernays aprovechó para hacerle llegar a su tío Sigmund Freud una caja de puros, difíciles de encontrar por aquellos días. Este, a su vez, le hizo llegar un ejemplar de una de sus obras, *Introducción al psicoanálisis*, recién editada por la Universidad de Viena. Quedó fascinado, y su lectura lo llevó al convencimiento



de que los hombres tienen pulsiones inconscientes, que reprimen instintos oscuros, peligrosos, siempre amenazantes, que hay que tener muy en cuenta. Llegó a la conclusión de que, si se manejaba esto con habilidad, se podía hacer dinero con ello.

Coincidió con Walter Lippman, otro miembro del Comité de Información Pública, en que la gran mayoría de las personas son incapaces de decidir, que son en realidad meros espectadores y debían ser guiadas por aquellos con mayores luces. En otras palabras, que una minoría inteligente ha de controlar las actitudes y creencias de la mayoría llevándolas a lo superficial. Transformar en masa a esa mayoría para que esos instintos no produzcan las peores catástrofes. Para alcanzar aquello, había que dar con las técnicas que optimizaran este manejo.

Era evidente, sin embargo, que había que ser sutil y movilizar deseos y sentimientos para que la gente creyera que había tomado la decisión por sí misma y que lo había hecho libremente.

Al terminar la Gran Guerra, la producción industrial había avanzado muchísimo y era capaz de producir cantidades enormes de bienes, pero se encontraron con la situación de que, salvo los muy ricos, la gran mayoría de las personas compraba solo lo indispensable, es decir, tan solo lo que necesitaba. En otras palabras, había una enorme oferta y muy poca demanda. Había que crearla.

Hacía falta un cambio de mentalidad para lograr que el deseo fuese más importante que la necesidad. Fue así como Bernays creó un nuevo tipo de consumidor, el consumidor compulsivo.

Si las mujeres, por ejemplo, vestían siempre lo mismo, colocó sus productos en las estrellas de cine, hizo que estas vistieran dichas prendas y organizó coloquios donde se explicaba la importancia de la ropa para sentirse bien. Luego, periódicos y revistas se encargaban de difundirlo. El deseo de querer ser como ellas, las estrellas de cine, hizo el resto.





Si los hombres conservaban demasiado tiempo su coche, hacerles sentir que el automóvil representaba su poder masculino, ya que cuanto más nuevo, grande y potente, más representaba al conductor. Por lo tanto, había que cambiarlo por uno mejor en cuanto fuera posible.

Trabajo con grandes empresas

Uno de sus primeros éxitos consistió en organizar la gira por los Estados Unidos del gran cantante de ópera Caruso. Bernays caía bien a la gente por su modo de ser abierto y refinado, su cultura y maneras accesibles, dando la sensación de ser más importante e influyente de lo que era en verdad.

Organizó campañas para distintos clientes, como el convencer a los americanos varones de llevar reloj de pulsera; esto les parecía afeminado, en lugar de llevarlo en el bolsillo del chaleco con una cadena. Una empresa cárnica lo contrató para colocar sus enormes excedentes y montó una campaña para convencer al americano medio de que el mejor desayuno eran los huevos con tocino y jamón en lugar de café con tostadas y zumo de naranja, como acostumbraban hasta ese entonces. Esto tuvo lugar en los años veinte del siglo pasado, por lo que debemos concluir que, cuando vemos en una película del oeste a los vaqueros, en el siglo XIX, comiendo huevos con tocino, es un invento de Hollywood.

En 1920, la compañía American Tobacco se dio cuenta de que estaba perdiendo la mitad de su mercado porque las mujeres no podían fumar en público, y lo contrató para resolverlo. Luego de consultar con un psicoanalista, que le dijo que las más audaces veían el acto de fumar como una rebelión contra el machismo, prefirió inventar una noticia en vez de diseñar una campaña de publicidad. Contrató a una docena de chicas



que se atrevieran a fumar en público y decidió hacerlo en una fecha significativa, colocándolas en lugares clave y en medio de un gran desfile. A la hora señalada, todas empezaron a fumar ostentosamente y llamaron a sus cigarrillos «antorchas de libertad». Huelga decir que se aseguró de la presencia de periodistas para que sus antorchas aparecieran en la primera plana de todos los periódicos. Objetivo logrado, las mujeres empezaron a fumar en público y las ventas subieron. Aún estaban muy lejos los días en que se descubriera lo dañino que podía ser el tabaco, ya que por aquel entonces se lo presentaba y vendía como bueno para la salud.

En la política

Entendía que sus trucos de manipulación masiva podían ser útiles para la sociedad. Consideraba que la democracia era un concepto maravilloso, pero no se podía confiar en el juicio de toda la gente, que podía votar por la persona errada o desear algo que no convenía, por lo que había que guiarlos sin que se dieran cuenta.

Un caso que él mismo recordaba tuvo que ver con el presidente Coolidge, que había asumido la presidencia a la muerte del presidente Harding. Coolidge era su vicepresidente en 1923 y pretendía ser elegido por derecho propio en 1924. El problema, al parecer, era que era un abogado de costumbres austeras, gris y aburrido y eso no lo congraciaba con el público con vistas a la elección. Ante esto, Bernays organizó un desayuno en la Casa Blanca que el presidente debía compartir con las mayores estrellas de Broadway del momento, cantantes, bailarinas, etc. Aquí cabe aclarar que era la época del cine mudo y el teatro de Broadway era lo máximo en entretenimiento. Cuenta que, durante el desayuno, en presencia de la prensa, le comunicaron al presidente que un ministro lo requería, a lo que él respondió con un «estoy ocupado». Cuando todo esto

se publicó, se habló del clima cálido y extrovertido del que habían disfrutado y la percepción que el público tenía del presidente cambió para bien y ganó la elección.

En 1923 publicó su primer libro, *Cristalizando la opinión pública*, y en 1928 publicó *Propaganda*, donde explica claramente su método y objetivos: «La consciente e inteligente manipulación de los hábitos organizados y las opiniones de las masas es un elemento importante de la sociedad democrática. Quienes manipulan este desconocido mecanismo de la sociedad constituyen un gobierno invisible, que es el verdadero poder en nuestro país (...). La inteligente minoría necesita hacer uso continuo y sistemático de la propaganda».

Pero el término *propaganda* adquirió connotaciones negativas por el uso que hizo de él la Alemania nazi en los años treinta y cuarenta, el famoso Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels.

Es así como lo cambió por el de «relaciones públicas» para sus actividades, y el de «ingeniería del consentimiento» para sus teorías. Walter Lippman, a quien ya hemos mencionado, compartía la idea, pero la llamó «manufacturar el consentimiento». Ambas están bastante claras y se refieren a lo mismo, manipular para lograr el consentimiento de las personas.

El famoso caso de Guatemala

Existe un término que muchos habrán oído y tal vez utilizado en alguna ocasión, que es el de «república bananera». El caso más notorio que dio lugar a este término es el de la multinacional estadounidense United Fruit, que será conocida en Latinoamérica como «el pulpo» por sus numerosos y hábiles tentáculos, llegando a tener presencia en Costa Rica, Jamaica, Panamá, Honduras y Guatemala, y más tarde en Colombia, Ecuador,



Cuba y la República Dominicana. Se hizo con miles y miles de hectáreas de plantaciones; en ocasiones, gratuitamente. A principios de los años treinta controlaba el 90% del mercado mundial de bananas.

Desde el principio, una parte básica del negocio era mantener a raya a los Gobiernos de los países latinoamericanos donde crecían las bananas. Cuando no lograba sobornar a los que mandaban o forzar un golpe de Estado que los sacara del poder, sabía que casi siempre podía contar con el apoyo del Gobierno estadounidense.

En 1948 Sam Semurray, presidente de la United Fruit, contrata a Bernays para que le dé un lavado de cara a la mala imagen que su compañía tenía tanto en Estados Unidos como en Centroamérica. Hombre de acción, parco y de poca cultura, fue directo al grano: «Vengo a contratarlo como director de relaciones públicas de la empresa o, pensándolo bien, póngase el título que más le guste y, para ganar tiempo, fíjese también el sueldo». Bernays se puso a ello con su habitual habilidad y energía, cambiando completamente la percepción que se tenía de la empresa en Estados Unidos y vinculándola con las altas esferas del país.

Cuando en Guatemala, primero el presidente Arévalo (1945-1950) y luego el presidente Arbenz (1951-1954) comenzaron a plantear reformas que incluían la utilización de tierras agrícolas sin usar, el pago de impuestos y la legalización de los sindicatos para los trabajadores entre otros, saltaron la alarmas para la United Fruit. Bernays recibió el encargo de identificar y resolver el problema. Primero viajó a Guatemala por varias semanas para conocer el terreno y, a su vuelta, puso en marcha una campaña de desinformación en Estados Unidos sobre un supuesto peligro comunista en Guatemala utilizando una vasta red de políticos y abogados ligados a la United Fruit, así como periodistas para los que había que crear las noticias. Muchos descubrieron que Guatemala existía y, cuando enviaron corresponsales al país, el mecanismo de recepción estaba preparado para hacerles ver lo que «tenían» que ver. Un corresponsal británico llegó a creérselo al punto de escribir sobre bases de submarinos soviéticos en el país. Todo funcionó perfectamente y se acusó a Jacobo Arbenz y su Gobierno, que de comunistas no tenían nada, de agentes del comunismo internacional, por lo que la CIA





y el Departamento de Estado apoyaron el derrocamiento del Gobierno de Guatemala en 1954.

Edward Bernays nunca negó su participación en esta deplorable operación y lo comentaba con toda naturalidad.

Consecuencias

Aunque Bernays se autodenominara el padre de las relaciones públicas, la verdad es que ya en la segunda mitad del siglo XIX un personaje llamado Ivy Lee las había utilizado a nivel empresarial, y la propaganda ya existía, por supuesto, antes de nuestro carismático personaje. Que se atribuyera su autoría tiene más que ver con su personalidad que con los hechos concretos.

Una reflexión es necesaria, no obstante, sobre el trabajo de este individuo y otros que, como él, han dado forma, valga la redundancia, a nuestra forma de vida. El acostumbrar a varias generaciones al ejercicio constante de satisfacer sus deseos, sean estos naturales o impuestos, ha creado, en la primera parte del siglo XXI, en los países con mayor capacidad económica especialmente, una infantilización de la sociedad. Hablamos de gente que piensa poco, siente mucho, se aburre muchísimo y necesita ser entretenida a toda costa. Si tiene mucho, quiere más; si no lo tiene, no comprende qué le pasa. Les encanta tener nuevos juguetes y, de ser posible, fiesta todo el tiempo. El daño está hecho.

Imágenes

Maquinara estrechar manos: Gerd Altmann en Pixabay

Gente: Gerd Altmann en Pixabay

Silueta consumidor: Clker-Free-Vector-Images en Pixabay

Bananas: Joyce Campos en Pixabay

Fichas de madera: Dookdui en 123F

Gente y globo terráqueo: Gerd Altmann en Pixabay

LA SOCIEDAD DEL CANSANCIO

de Byung-Chul Han



Cinta Barreno

Byung-Chul Han es un filósofo surcoreano-alemán que analiza las condiciones sociológicas de la sociedad actual. El diagnóstico de este análisis es demoledor: en la sociedad contemporánea el poder ya no se ejerce desde la represión, sino desde la explotación de la libertad.

Es decir, la máxima opresora «¡No debes!» la hemos sustituido por la máxima instigadora «¡Sí puedes!», el famoso «yes, we can!». En vez de estar sometidos a la negatividad perceptiva, hoy somos seducidos por la positividad emancipadora, autosuficiente e individualista.

Cautivados por el *yes, we can*, la realidad es un paraíso de posibilidades que debemos aprovechar, y si no lo hacemos la culpa es solo nuestra.

Según Han se ha producido un cambio de paradigma, se ha dejado atrás la sociedad disciplinaria, definida por Foucault, y ahora se vive en la sociedad del rendimiento. Hemos dejado de ser sujetos de obediencia para pasar a ser sujetos de rendimiento o proyectos. Esto quiere decir que si antes el individuo se percibía sujeto a normas e instituciones, ahora es más autónomo para llevar a cabo sus iniciativas, cada vez se está más libre de tutelas ajenas. Se pasa de las exigencias externas a las motivaciones internas, de la coacción de la disciplina a la autogestión.

En definitiva, la sociedad del rendimiento nos convierte en meros gestores competitivos de egos o/ y meros gestores de egos competitivos.

Para explicar todo esto, Han acuña el concepto «sociedad del cansancio», donde somos sujetos de rendimiento. El exceso de positividad nos conduce a una sociedad llena de individuos cansados, deprimidos y frustrados. En este nuevo escenario social no hace falta una dictadura para someter a la población, porque somos nosotros mismos los que

nos explotamos, víctima y verdugo son la misma persona. Y paradójicamente vivimos bajo una falsa sensación de libertad.

En palabras del propio Han, «vivimos con la constante angustia de no hacer todo lo que podemos y encima nos culpamos de nuestra incapacidad».

La sociedad del rendimiento: el sujeto de rendimiento

La sociedad disciplinaria viene definida por la negatividad de la prohibición. El verbo que la caracteriza es el «no poder» y el verbo «deber», al cual le es inherente la negatividad de la obligación.

La sociedad del rendimiento se desprende de la negatividad, la creciente desregulación acaba con ella. Su verbo característico es «poder» sin límites. La famosa frase en inglés *yes, we can*, expresa su carácter de positividad.

Los muros de las instituciones de la sociedad disciplinaria que delimitan el espacio entre lo moral y lo que no es moral son arcaicos para la sociedad del rendimiento.

La sociedad disciplinaria y la del rendimiento comparten que al inconsciente social le es inherente la maximización de la productividad porque las dos son fruto del capitalismo. La diferencia es que, llegados a un nivel de productividad, en la sociedad disciplinaria se llega a un límite por el efecto bloqueante de la negatividad del deber. En cambio, en la sociedad del rendimiento la positividad hace que no haya límite: «nada es imposible», «podemos con todo».

La positividad del poder es más eficiente que la negatividad del deber. Así, el inconsciente social pasa del «deber» al «poder», sin que el «poder» anule el «deber»,



y esto se debe a que el sujeto de rendimiento se mantiene disciplinado, precisamente porque el incremento de productividad sigue inherente en él como en el sujeto de obediencia.

Por tanto, el sujeto de rendimiento es más rápido, eficiente, eficaz y productivo que el sujeto de obediencia.

El sujeto de rendimiento está libre de un dominio externo que lo obligue a trabajar. Es dueño y señor de él mismo. Pero la supresión de un dominio externo no conduce a la libertad, sino que la maximización de la productividad, inherente en los dos sujetos, hace que libertad y coacción coincidan.

El sujeto de rendimiento no se abandona a la «libertad obligada» o «la obligación libre». El exceso de trabajo y rendimiento, la hiperactividad, se convierten en autoexplotación. Esta es más perversa que la explotación por otros porque va acompañada de un sentimiento «falso» de libertad. Explotado y explotador, víctima y verdugo son la misma persona. Esta autorreferencia continua de los opuestos genera una «libertad paradójica» que, debido a las estructuras de obligación inherentes a ella, se convierte en violencia, una violencia que el propio individuo ejerce sobre sí mismo sin ser consciente.

Para Han, estas estructuras de obligación establecidas por el capitalismo, donde las máximas son la productividad, la creación de riqueza, la libre competencia, destruyen al ser humano. Serían una nueva especie de totalitarismo, pero, a diferencia del comunismo soviético o el fascismo, que coaccionaban al individuo de forma externa, en este caso el capitalismo se convierte en un totalitarismo invisible que aplica la fuerza coercitiva desde el propio individuo, es decir, es el propio individuo quien se la ejerce a sí mismo.





El cansancio

La sociedad del rendimiento provoca un cansancio y agotamiento excesivo que nos deja solos, nos aísla y divide. Este cansancio es violencia porque destruye toda comunidad, toda proximidad e incluso el propio lenguaje se empobrece.

Peter Handke, en su *Ensayo sobre el cansancio*, nos habla de dos tipos de cansancio:

* El cansancio elocuente o fundamental, donde el yo disminuye y abre un espacio de amistad. Con él vemos al otro y, al mismo tiempo, somos el otro. Cuando el yo disminuye la gravedad del ser, se desplaza del yo al mundo. Se trata de un cansancio que da confianza al mundo, abre el yo y lo hace permeable al mundo.

* El cansancio sin habla; aquí el yo está solo. Es un cansancio sin mundo. Un cansancio que incapacita, es el no hacer nada, que anula y agota todos los sentidos. Este es el cansancio de la sociedad del rendimiento.

Handke, en el cansancio elocuente o fundamental recoge todas las formas de existencia del «estar-con», que desaparecen con la absolutización del ser activo, porque este «está solo». Es una facultad especial que inspira y deja surgir la espiritualidad.

El egoísmo

El problema que surge del capitalismo es el egoísmo: la creación de riqueza y el incremento de productividad siempre son para uno mismo. Se anteponen los derechos individuales a los colectivos. Según Han, se vive hacia uno mismo porque se pierden los valores que nos hacen vivir hacia los demás.

En la sociedad del rendimiento, los proyectos, iniciativas y la motivación sustituyen a la prohibición, el mandato y la ley. Según Han, la negatividad de la sociedad disciplinaria genera locos y criminales; la positividad de la sociedad del rendimiento genera depresivos y fracasados.



Para Han, la positivización del mundo permite nuevas formas de violencia que no parten del otro, sino que son inmanentes al sistema. La violencia de la positividad no es privativa, es saturativa, no es exclusiva sino exhaustiva, por eso no se percibe fácilmente. La depresión, el TDH o el burnout serían patologías provocadas por un exceso de positividad que, junto a la falta de vínculos afectivos, propia de la fragmentación progresiva y de la atomización social, llevan al colapso del yo. El sujeto de rendimiento está solo.

Para Han, el lamento del individuo depresivo «no puedo más» frente al «nada es imposible» que impone la sociedad, conduce a un retrato destructivo de uno mismo.

El sujeto de rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y el individuo depresivo es el inválido de esta guerra interiorizada.

La ética marcadamente individualista de la sociedad neoliberal hace que el individuo elija y actúe de forma narcisista y carente de todo «horizonte de significados». Vivimos desde nosotros y solo hacia nosotros. Estamos demasiado ocupados en nuestra seductora supuesta libertad autárquica como para hacernos conscientes, cuestionar y transformar aquello que consideramos reprochable o injusto. Por eso, Han dice que en la sociedad del cansancio no puede haber revoluciones.

Como nos dice Han, «el exceso de rendimiento provoca el infarto del alma».

¿Qué nos propone Han para que nuestra alma no se infarte?

RECUPERAR EL DON DE ESCUCHAR

El exceso de positividad se manifiesta como un exceso de estímulos, información e impulsos. Vivimos en una constante hiperactividad. Para Han, el concepto «hiper» es sencillamente una representación de la positividad.

Esta hiperactividad altera y modifica nuestra atención haciendo que esta quede dispersa y fragmentada.

Muchas veces, con orgullo, decimos «soy *multitasking*» pensando que esta es una habilidad propia del ser humano tardomoderno de la sociedad de la tecnología y la información, como si esto fuera un progreso de la civilización, pero realmente es todo lo contrario. Han nos recuerda que el «*multitasking*» es propio de los animales salvajes que, para sobrevivir, deben distribuir su atención en distintas actividades; así, un animal que está comiendo, al mismo tiempo, debe hacer otras actividades: esconder su botín, vigilar para no ser devorado, vigilar a su descendencia... No puede sumergirse de manera contemplativa en lo que está haciendo porque debe vigilar su entorno.

Los nuevos desarrollos sociales y tecnológicos y el cambio que provocan en la estructura de la atención hacen que nos acerquemos cada vez más al salvajismo. La preocupación por una buena vida, que implica también una convivencia exitosa con los demás, cede progresivamente a una preocupación por la supervivencia.

Los méritos culturales de la humanidad, a los cuales pertenece la filosofía, se deben a una atención profunda y contemplativa. Esta atención profunda que demanda la cultura está siendo sustituida por una hiperatención o atención dispersa que se caracteriza por un acelerado y continuo cambio del foco de atención entre tareas, fuentes de información y procesos. Además, esta hiperatención es intolerante al tedio, a la relajación y al «aburrimiento profundo», que tiene cierta importancia en el proceso creativo.

La pura agitación en la que vivimos no genera nada nuevo, simplemente reproduce y acelera lo que ya existe.



Según el filósofo Walter Benjamin, sin la relajación perdemos el don de escuchar y la comunidad que escucha desaparece. La comunidad activa es diametralmente opuesta a la que escucha.

El don de escuchar se basa en la capacidad de una profunda atención contemplativa, a la cual el ego hiperactivo no tiene acceso.

El pintor impresionista Paul Cezanne, maestro de la atención profunda, decía que podía ver el olor de las cosas. Es en el estado contemplativo cuando somos capaces de salir de nosotros y sumergirnos en las cosas y en los demás.

«Quien se aburra caminando y no tolere el tedio deambulará inquieto y agitado».

APRENDER A MIRAR

La vida contemplativa presupone una especial pedagogía del mirar.

Aprender a mirar es acostumbrar al ojo a mirar con calma y paciencia, dejando que las cosas se acerquen al ojo. Es decir, educar el ojo para una profunda y contemplativa atención, para una mirada larga y pensada.

Este aprender a mirar es la enseñanza preliminar de la espiritualidad.

Según Nietzsche, tenemos que aprender a «no responder inmediatamente a los impulsos, sino a controlar los instintos que inhiben y ponen límite a las cosas». La vileza y la infamia son, para él, «la incapacidad de resistir a un impulso», y esta incapacidad es para él una enfermedad, un síntoma de agotamiento y declivio civilizatorio.

La vida contemplativa no quiere decir ser pasivo, la vida contemplativa opone resistencia a los impulsos molestos: en lugar de dejar la mirada a merced de los





impulsos externos, los guía con soberanía. Sin poner límite a los impulsos, la acción se dispersa, convirtiéndose en un agitado e hiperactivo reaccionar.

La hiperactividad es una agudización de la actividad, que la acaba transformando en hiperpasividad, que no opone resistencia ni a los impulsos ni a los instintos. En lugar de llevarnos a la libertad, origina nuevas obligaciones. Es una ilusión pensar que, cuanto más activos somos, somos más libres.

Reflexionemos con el corazón, pongamos cordura

El panorama que nos presenta Han es bastante desolador.

La pérdida de la capacidad contemplativa, debida a una absolutización de la vida activa, es corresponsable de la histeria y el nerviosismo de la moderna sociedad activa, porque la pérdida de creencias, no solo en Dios o el más allá, sino también en la realidad misma, hace que la vida humana se convierta en algo efímero. Nada es constante ni duradero. Delante de esta falta de ser surgen el nerviosismo y la intranquilidad.

La sociedad del cansancio es fruto de que actualmente nos faltan valores verdaderamente civilizatorios, que son los valores morales y espirituales, y nos sobra mucho de lo que a lo largo de la historia ha tumbado las grandes civilizaciones: vanidad, egoísmo y materialismo. Y el futuro no será muy distinto del presente si no hay un planteamiento diferente de los valores.

La forma de vivir hoy en día continuamente nos lleva al caos psicológico, el *multitasking* nos desordena y sigue priorizando el individualismo. Debemos poner orden para convertir el caos en cosmos.



La palabra *orden* hoy en día, en términos generales, no está muy bien vista por las connotaciones que tiene de rígida y militarista. Pero deberíamos recuperarla y aplicarla en nuestras vidas. Poner orden en nuestra psique es priorizar nuestras ideas y actividades y saber esperar. A nivel mental, nuestras ideas rigen nuestra vida y nuestro comportamiento; por eso es importante tenerlas ordenadas, para que den ritmo a nuestra vida. Si tenemos las ideas claras y ordenadas, nuestro comportamiento fluirá al ritmo de nuestra vida. Seguiremos teniendo arritmias, pero serán menos agudas y nos será más fácil volver a nuestro ritmo vital.

¿Y cómo hacemos para tener las ideas claras en medio del caos y el «nada es imposible»? Pues, como nos dice Delia Steinberg Guzmán, haciendo de nuestro corazón un instrumento de siete cuerdas, donde la cuarta sea la que nos dé el equilibrio y el buen sonido. Y para ello, Delia nos da una muy buena herramienta: la cordura.

La cordura nos da el don de escuchar, los cuerdos saben escuchar. También nos da una visión objetiva de las cosas. En un mundo tan injusto como el que vivimos, la objetividad es muy importante para volver a la justicia.

La cordura nos ayuda a moldear nuestras ambiciones hacia el ser (nuestra parte más espiritual) y no hacia el tener (reflejo de nuestra parte más material).

La cordura nos infunde valor para mantenernos firmes en nuestros ideales, porque en una sociedad tan superficial y líquida como la que vivimos, el mantenerse firme en las propias convicciones requiere mucha valentía, y con ello evita que nuestra alma se infarte, porque nos mantendremos fieles a ella.

La cordura nos acerca a la felicidad, porque el equilibrio que nos proporciona nos hace apreciar cada minuto de la vida haciéndola más intensa y maravillosa.

Debemos recordar que la eternidad se manifiesta en la valorización de cada uno de los instantes de la vida y, para poderlo hacer, debemos parar y reflexionar, al menos de vez en cuando.

La vida es un compromiso en sí misma que debemos asumir, de nosotros depende hacerlo bien o mal. La cordura nos facilita la responsabilidad necesaria para reconocer nuestros compromisos y mantenernos fieles a ellos, y al mismo tiempo, nos abrirá la conciencia y nos ayudará a detenernos manteniéndonos firmes en medio de la vorágine que nos rodea; entonces nos daremos cuenta de que no estamos solos.

«Pensar una cosa una vez es precipitado, pensarla tres veces es exagerado, pensarla dos veces es justo» (Confucio).

Vale la pena pararse a pensar dos veces una cosa, poner atención plena o profunda en ello y no dejarse llevar por el torbellino del «sí puedo». Decir «no puedo», en muchas ocasiones, es más humano que decir «sí puedo».

Bibliografía

La sociedad del cansancio. Byung-Chul Han. Editorial: Herder.

Artículos varios: <https://biblioteca.acropolis.org/autor/Delia-Steinberg-Guzman>

Imágenes

Emoticones: Gino Crescoli en Pixabay

You can do it: Tumisu en Pixabay

Siluega con signo verificador: Alexa en Pixabay

Mujer deprimida: crlamgeorgia en Pixabay

Hombre cansado: Momir Kostic en Pixabay

Hombre multitarea: Tumisu en Pixabay

Perroy caracol: Gianni Crestani en Pixabay

Rosa y corazón: Bruno en Pixabay

Sol corazón: Rony Michaud en Pixabay





Helena P. Blavatsky y el RESPECTO ANIMAL

Silvia Barquero
Juan Carlos Roderó

En su artículo *¿Tienen alma los animales?*¹, Helena Petrovna Blavatsky, una de las más grandes filósofas ocultistas que ha dado Occidente, comienza con la siguiente cita de Joseph de Maistre: «Continuamente empapada de sangre toda la tierra, hoy es solo un inmenso altar sobre el cual todo cuanto vive tiene que ser inmolado, sin cesar».

La elección de esta frase señala la opinión que tenía esta gran filósofa sobre el sacrificio animal, así como la falta de respeto que los humanos mostramos con los seres más cercanos evolutivamente a nosotros, y sobre los que no tenemos derechos, pero sí el deber de cuidar, como con al resto de la naturaleza, y ayudar en su desarrollo, evitando sufrimientos innecesarios.

Mucha gente dice amar a los animales, pero paga diariamente para que los exploten y sacrifiquen en su nombre; su comportamiento no es coherente con sus sentimientos.

Los hay que se vuelven vegetarianos buscando una mayor salubridad, pero esto es un pensamiento egoísta, en el que se inclina nuestro comportamiento solo por nuestro beneficio, además de que se puede ocasionar un déficit de vitamina B12, y para tener una salud correcta se deben vigilar algunas cosas. El pensamiento de H. P. Blavatsky se acerca más a aquellos que dejan de consumir productos animales por respeto a ellos.

H. P. B. escribe en su artículo: «Los europeos somos bárbaros civilizados, con solo unos pocos millares de años entre nosotros y nuestros antepasados habitantes de las cavernas, que chupaban la sangre y el tuétano sin cocer. Hoy, por lo tanto, es natural que los que tan poca importancia dan a la vida humana en sus frecuentes y a menudo

¹ Artículo contenido en *Escritos ocultistas*, publicado por editorial Nueva Acrópolis (Madrid, 1984) y, anteriormente, en la revista *Sophia* en 1894. Traducido del volumen III de la *Theosophic Publications Society*.

inicias guerras, desprecien por completo las agonías mortales de la creación bruta, sacrifiquen diariamente millones de vidas inocentes e inofensivas; y si bien somos demasiado epicúreos para devorar tajadas de tigre o chuletas de cocodrilo, no han de faltarnos ni ternos corderos ni faisanes de plumaje dorado... Y no es cosa que debe causar gran maravilla el que el duro europeo se burle del dulce indo, el cual se estremece ante la mera idea de matar una vaca, o que se niegue a simpatizar con el budista y el jaina, en su respeto por la vida de todas las criaturas sensibles, desde el elefante al mosquito. Pero, si el comer carne se ha convertido en una necesidad vital, o sea la *defensa del tirano* entre las naciones occidentales; si es necesario que en cada ciudad, pueblo y aldea del mundo civilizado coma una multitud de víctimas y sea diariamente sacrificada en templos dedicados a la deidad denunciada por san Pablo y “adorada por hombres cuyo Dios es su vientre”; si todo esto y mucho más no puede ser evitado en nuestra edad de hierro, ¿quién puede presentar la misma excusa en favor del sacrificio de animales por deporte?

La pesca y la caza, la más fascinante de todas las diversiones de la vida civilizada, son ciertamente, las más censurables desde el punto de vista de la filosofía oculta; las más pecaminosas a los ojos de los fieles pertenecientes a aquellos sistemas religiosos que son producto directo de la doctrina esotérica: el brahmanismo y el budismo. ¿Está acaso fuera de toda razón el que los seguidores de estas dos religiones, las más antiguas que hoy existen, consideren el mundo animal, desde el enorme cuadrúpedo hasta el insecto infinitamente pequeño, como *hermanos más jóvenes* por ridícula que la idea parezca a un europeo?».

Y sigue diciendo: «Sin embargo, por exagerada que la cosa pueda parecer, cierto es que pocos de nosotros somos capaces de representarnos, sin estremecernos, las escenas que tienen lugar todas las mañanas a primera hora en los innumerables mataderos del



mundo que llaman civilizado y aun aquellas que tienen lugar durante la época de la caza. No ha despertado todavía el primer rayo de sol a la naturaleza dormida cuando en todas partes se preparan miríadas de hecatombes para saludar al astro del día. Jamás regocijó al Moloch pagano el grito de agonía de sus víctimas tanto como el lastimero gemido que en todos los países occidentales suena a manera de prolongado himno de sufrimiento a través de la naturaleza entera, todos los días desde la mañana hasta la tarde. En la antigua Esparta, de cuyos austeros ciudadanos ninguno era, por cierto, insensible a los delicados sentimientos del corazón humano, un muchacho, convicto de atormentar a un animal por diversión, fue condenado a muerte, por ser su naturaleza demasiado vil para que se le permitiera la vida. Mas en la civilización europea, que progresa rápidamente en todo salvo en virtudes cristianas, la fuerza es hoy día sinónimo del derecho. La costumbre, por completo inútil y cruel, de cazar por mera diversión aves y animales de todas las especies, en ninguna parte es llevada a efecto con más fervor que en la hoy protestante Inglaterra, en donde las misericordiosas enseñanzas de Cristo han ablandado escasamente los corazones humanos (...); desdichada y dura es la suerte de los pobres animales, convertida en fatalidad implacable por la mano del hombre. El alma racional del ser humano parece nacida para convertirse en asesina del alma irracional del animal; en el pleno sentido de la palabra, y desde el momento en que la doctrina cristiana enseña que *el alma de los animales muere con su cuerpo...* Contémplese aquella otra desgracia de nuestra época culta: hoy las científicas casas de matanza, llamadas salas de vivisección... Según Paul Bert: “Hoy la vivisección es una especialidad en la cual la tortura, científicamente economizada por nuestros académicos carniceros, es aplicada durante días, semanas y hasta meses enteros a las fibras de una misma víctima. Se emplean todas y cada una de las variedades de armas; se verifican análisis ante un auditorio sin piedad...”».





Seguramente H. P. B. se horrorizaría al ver cómo hemos evolucionado con las macrogranjas y cómo hacemos vivir hoy en día a los animales: ¿viven las vacas en prados verdes?, ¿se crían las terneras acompañadas de sus madres?, ¿retozan los cerdos en el barro de una explotación? La respuesta es no. La realidad de la industria de la carne es grotescamente distinta, la verdad que se esconde detrás de los muros de las granjas y mataderos es un infierno difícil de digerir.

En nombre de la ciencia se maltrata a los animales, llegando a límites de verdadera tortura.

«¡Gloria a nuestros hombres de ciencia! Ellos han sobrepujado a todas las anteriores formas de tortura, y son ahora y seguirán siendo de un modo absoluto e incontestable, los reyes de la angustia artificial y de la desesperación (De la Resurrección et du Miracle)».

H. P. B. llama a la reflexión cuando dice: «¿Por qué debe ser el homicidio considerado como el crimen más horrible contra Dios y la naturaleza, y el asesinato de millones de criaturas vivientes mirado meramente como una diversión?».

Lejos de nuestra vista, desvinculados de la bandeja de carne troceada que compramos en el supermercado, cada año se da muerte en nuestro país a más de:

- * 3.500.000 vacas
- * 14.000.000 de ovejas
- * 2.000.000 de cabras aproximadamente
- * 75.000.000 de cerdos
- * 50.000 caballos
- * 57.000.000 de conejos
- * 1.340.000.000 de aves



Para criar a todos esos millones de seres, la industria ha creado un sistema de producción en el que los animales son tratados como cosas que ni sienten ni sufren, son una pieza más dentro del engranaje de una monstruosa cadena de una industria donde ni la empatía ni la asistencia veterinaria individualizada tienen cabida y en la que prima la rentabilidad sobre los intereses de los animales.

Apenas han salido de su cascarón, los pollitos pasan por una cinta transportadora en la que los machos son seleccionados y lanzados vivos a una trituradora, por el único motivo de que no son útiles a la industria del huevo. Se descartan como si lo que pasara por la cinta fueran tomates que no superan el control de calidad. Estos pequeños seres recién nacidos sufrirán una horrible muerte perfectamente regulada por ley: «por medios mecánicos (aplastamiento) o con una trituradora que disponga de cuchillas de rotación rápida».

Los pollos y gallinas son seres sensibles, curiosos y muy sociables. Les gusta pasar el día acicalando sus plumas, escarbando y picoteando, tomando el sol o dándose baños de arena. Su comportamiento natural será completamente negado. Nunca verán la luz del sol, nunca pisarán otra cosa que la rejilla metálica de la jaula, no podrán moverse en el limitado espacio correspondiente para cada uno, equivalente a un folio de papel. Las gallinas más débiles enfermarán y agonizarán lentamente sin asistencia veterinaria. Las que sobrevivan, después de un año o año y medio de confinamiento, disminuirán su nivel de producción de huevos y dejarán de ser rentables para el ganadero, que las enviará al matadero. Igualmente, los pollos serán enviados al matadero tras un rápido y artificial proceso de engorde, tan solo al mes y medio de nacer.

Los cerdos son sometidos a dolorosas mutilaciones nada más nacer. La legislación permite que durante los primeros siete días de vida y sin hacer uso de anestesia, se

recorten los caninos de los lechones, se les ampute el rabo y se castre a los machos. Las jaulas de gestación en las que las cerdas pasan el tiempo que dura su embarazo y el parto, las mantienen permanentemente inmovilizadas, impidiéndoles siquiera darse la vuelta. Cuando dan a luz, las madres no pueden ni acercarse a sus lechones. Pese a que, en libertad, una madre construiría un lecho donde dar a luz cómodamente a sus bebés, la ley es clara y rotunda: las cerdas deben disponer de tiempo suficiente antes del parto para adaptarse al sistema de confinamiento.

Para que las vacas produzcan leche, son inseminadas de forma artificial reiteradamente, en un ciclo continuado de embarazos. Tras el parto las terneras recién nacidas son dolorosamente separadas de las madres, suministrándoles productos que reemplazan la leche materna. Tras unos meses de engorde, serán enviadas al matadero para convertirse en carne.

Toda esta mentalidad deviene de la idea de que el alma del hombre sube hacia arriba y el de los brutos cae hacia abajo..., si bien, mucha gente cree que el animal no tiene alma, lo que nos viene desde las reflexiones de san Agustín y más tarde defiende Descartes. Si vemos a los animales como máquinas y no como seres vivos sintientes, es fácil utilizarlos y dejar aparcada nuestra conciencia sobre el dolor que producimos y, como nos recuerda H. P. B., el retraso que provocamos en su evolución con muertes tempranas innecesarias. La mayoría de los cristianos se han olvidado de que los cristianos primitivos, durante los primeros siglos, jamás tocaron carne para alimentarse, ya que el mandato de la Biblia les dice claramente, refiriéndose a los vegetales: «a vosotros (hombres) aquello servirá para alimento» (I,29). Tertuliano, en



una de sus cartas, escribe: «A nosotros no se nos permite ni presenciar, y ni aun siquiera oír el relato de un homicidio, los cristianos, que rehusamos probar platos en los cuales puede haber sido mezclada sangre animal».

Hoy en día, que sabemos que genéticamente somos casi idénticos a la mayoría de los mamíferos superiores, en algunos casos hasta en un 98%, ¿no es vanidad pensar que somos una creación especial? Hoy es esta idea y no otra la que justifica el abuso indiscriminado de los animales.

Con respecto a la idea cartesiana, H. P. B. apunta: «No es necesario recordar al lector que Descartes consideraba al animal viviente solo como un autómeta, “un reloj bien construido, con su cuerda”. Por lo tanto, el que acepte la teoría cartesiana acerca del animal tiene que admitir, al mismo tiempo, las opiniones de los materialistas modernos porque, desde el momento en que un autómeta es capaz de sentimientos tales como el amor, la gratitud, etc., y está dotado sin ningún género de dudas de memoria, todos estos atributos deben ser —como el materialismo enseña— *propiedades de la materia*. Pero si el animal es un *autómeta*, ¿por qué no lo es el hombre? Las ciencias exactas, la anatomía, la fisiología, etc., no encuentran la menor diferencia entre los cuerpos de ambos y ¿quién sabe —pregunta Salomón con justicia— si el espíritu del hombre ha ido hacia arriba algo más de lo que ha ido el del animal? Así pues, encontramos al metafísico Descartes hoy tan inconsecuente como cualquiera».

«(...) El hombre está dotado de razón; el niño, de instinto; y el animal joven da más señales que el niño de poseer ambas cosas. A decir verdad, todos los que discuten este problema saben tan bien como nosotros que así es. Si los materialistas se niegan a confesarlo, es por orgullo, negando el alma tanto al hombre como al animal, no quieren admitir que este último se halla dotado de inteligencia como ellos mismos, aunque en un grado infinitamente menor...».





«(...) No es la escritora de estas líneas tan inocente que vaya a creer que todo un Museo Británico, lleno de obras contra la alimentación carnívora, producirá el efecto de detener a las naciones civilizadas en la construcción de mataderos, o les hará renunciar a sus bistecs y pavos de Navidad. Pero si estas humildes líneas pueden hacer comprender a unos cuantos lectores el verdadero valor de las nobles palabras de san Pablo, y con ello dirigir seriamente sus pensamientos hacia todos los horrores de la vivisección, entonces la escritora se dará por contenta. Porque, ciertamente, cuando el mundo se sienta convencido —y no podrá evitarse que llegue algún día a tal convicción— de que los animales son criaturas tan eternas como nosotros mismos, la vivisección y otras torturas permanentes, diariamente infligidas a los pobres animales, obligarán a todos los Gobiernos, después de dar lugar por parte de la sociedad en general, a una explosión de condenas y amenazas, a poner fin a estas prácticas bárbaras y vergonzosas».

Podemos ver la claridad con la que habla esta filósofa del siglo XIX, aunque, como bien predijo, no logró producir efectos inmediatos, ya que hoy en día seguimos sacrificando para el placer de nuestros estómagos. Solo en España, 850 millones de animales al año son maltratados en «macrogranjas», hacinados en espacios donde muchos de ellos no tienen ni un día de movimiento libre hasta el día de su ejecución, que en muchos casos es en su más temprana edad, como los corderos lechales, impidiendo su natural evolución, en una especie de tortura sin igual en la historia de la humanidad. No podemos mirar a otro lado, es un deber del hombre consciente el «luchar por causas justas y difíciles» y esta, quizá, sea una de las más terribles de nuestra época.

Los mataderos son el último eslabón de un sistema que cría, explota y mata en tiempo récord a cientos de millones de animales al año. Pollos, terneras, corderos, lechones... Ninguno de ellos ha llegado al fin de su esperanza de vida. Por el contrario, son todos tan jóvenes que su edad de sacrificio no se calcula en años, sino en meses.



Estamos habituados a escuchar las ofertas del supermercado sin pararnos a pensar que un cordero lechal es un bebé lactante de pocos días de vida, que un cochinitillo es un cerdo lactante que ha sido sacrificado a los veintiocho días de nacer, o que la ternera no es el nombre de un tipo de carne, sino un animal recién separado de la madre, al que se ha llevado al matadero sin haber podido disfrutar de la compañía de su madre ni por un instante.

La muerte está sistematizada en procesos industriales en los que prima la rapidez.

En la Unión Europea se autorizan varios métodos para matar animales según la especie, todos ellos igual de angustiosos y estresantes. A los pollos se les electrocuta sumergiéndoles en tanques de agua electrificada, para posteriormente colgarles boca abajo y rebanarles el cuello hasta que se desangren. Los ritmos de sacrificio son tan rápidos que ni siquiera se hace de forma manual, existen para ello rebanadoras de cuellos automáticas.

A los cerdos se les puede gasear con CO₂ o electrocutar con pinzas para luego colgarles y desangrarles. Pese a que se ha demostrado que los sistemas de asfixia con gases inertes son agónicos para los animales que lo experimentan, la propia legislación también ha concluido que es muy costoso para la industria implementar nuevos métodos de muerte.

Con las vacas se utiliza una pistola de perno cautivo para dispararles entre los ojos, hasta dejarlas inconscientes y posteriormente colgarlas de un gancho por una pata trasera procediendo a su desangrado y descuartizado. El Real Decreto que regula la matanza de animales describe la infinidad de métodos para matar a cada animal, a cual más espantoso, ninguno exento de angustia y sufrimiento.

Hay una realidad, muchas veces ignorada en campañas y debates sobre ganadería, y es que las granjas y los mataderos existen porque hay gente que demanda carne, por lo que se hace necesaria una reflexión madura, honesta y sincera. Nos toca tomar decisiones.

No es cuestión de hacer sentir mal a nadie, pero sí responsable: tú puedes tomar decisiones que contribuyan a ser parte de la solución. Puedes hacerte consciente de las consecuencias del consumo de carne y reducirlo paulatinamente. Todos hemos empezado por dar un primer paso y acabar formando parte de una creciente corriente de personas que constituyen la solución.

Si quieres saber más puedes ver: <https://asociacionempatia.es/articulo/la-solucion-esta-en-tu-plato/>

Imágenes

Gorila: Virtosmedia en 123F

Ciervo: Virtosmedia en 123F

Zorro: Virtosmedia en 123F

Caballo: Patou Ricard en Pixabay

Gallinas: Syklimkin en Pixabay

Toro: Virtosmedia en 123F

Pantera: Virtosmedia en 123F

Jabalí: Virtosmedia en 123F





LA ÉTICA: enlace necesario entre ciencia y sociedad

Sara Ortiz Rous

En nuestra sociedad, la ciencia es un aspecto primordial que influye en todos los ámbitos y afecta a nuestras decisiones individuales y colectivas. La hemos constituido como guía para actuar y sabiduría para vivir, pero la ciencia no le dice a la realidad cómo debe ser, solo la estudia y la describe, ni nos puede decir cómo deberíamos vivir.

Por otro lado, en las sociedades actuales estamos llenos de desacuerdos: ¿se puede permitir el aborto, la eutanasia? ¿Cuál debe ser el trato a los terroristas ante un ataque inminente? ¿Cuál es la proporción de impuestos que debemos pagar para disfrutar de los beneficios de vivir en sociedad? ¿Qué hacer si el diagnóstico prenatal dictamina alguna enfermedad en el feto? ¿Se pueden preservar los embriones para la obtención de células madre para la cura de enfermedades? ¿Cuándo una célula es moralmente valiosa, depende de si está fecundada? ¿Cuáles son los derechos de los animales? ¿Se les puede utilizar en los espectáculos, en investigación? ¿Y la investigación de nuevos medicamentos con pruebas en seres humanos? La ética medioambiental, ¿tiene un valor intrínseco o solo porque nos afecta a nosotros? Parece que el progreso y la ciencia nos han generado muchas más controversias y desacuerdos, y la convivencia cordial se aleja con cada nuevo descubrimiento.

Para encontrar respuestas a esta inquietud, propongo empezar con un poco de historia. En los siglos XIX y XX las ciencias naturales, físicas y sociales cosecharon grandes éxitos al mismo tiempo que entró en crisis profunda la ética. Las razones son múltiples, pero se pueden centrar en los filósofos de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. Cada uno de los tres critica un aspecto diferente de la realidad, guiado por su pensamiento.

* Según Marx, la ética que se nos impone socialmente está al servicio de los prejuicios de la clase que gobierna, que usa la religión y, con ella, la moral para adormecer las conciencias.

* Nietzsche enuncia que Dios ha muerto. Esa frase lapidaria implica, como dice en uno de sus pasajes más famosos, que hemos borrado la línea del horizonte, no hay arriba y abajo, no hay delante, no hay atrás. Para Nietzsche, la ética de origen cristiano reprime la vida, y el ser humano se vuelve débil e impotente. Por eso hay que poner fin a la moral del rebaño y crear nuestros propios valores, ser un superhombre. Solo es «bueno» lo que ensalza la vida, no lo que la sociedad presenta como moral.

Con ellos dos se diluyó la religión, pero no toda la moral; recordemos que Kant no necesita de dimensión trascendente para la fundamentación metafísica de las costumbres, se apoya en la razón humana y la capacidad de ser libres. Pero llega Freud y sospecha de la razón: quizás solo hay pulsiones de la sexualidad.

- Según Freud, la moral se basa en el miedo que desde la infancia nos produce el padre, interiorizado por el inconsciente en forma de ética o represión del deseo. Por eso hay que promover la liberación del placer y de la sexualidad, como única forma de evitar la neurosis y la angustia.

A ellos le sumamos la revolución darwiniana en el siglo XIX, afirmando un origen único de la vida desde un ser unicelular y la evolución del hombre desde los animales. Con esta teoría el espíritu entra en crisis: ¿dónde está el alma? ¿Hay una identidad esencial que nos constituye, porque si las especies evolucionan... dónde está la esencia de lo humano?

A Darwin le siguen en el siglo XX la genética y la neuropsicología, tan brillantes que ciegan a la filosofía por momentos. Con el descubrimiento del ADN dijimos: «hemos descubierto el secreto de la vida». Se le ha atribuido los poderes del alma inmortal, porque en él está escrito el programa de un ser humano, explica la conducta y el destino.



Sidney Brenner, premio Nobel de Medicina en 2002, dijo que si alguien pensó que el genoma es la vida, se equivocó.

Tenemos tantos datos... Hoy los datos se vuelven sustitutos del pensamiento, nadamos en un mar de datos pero estamos sedientos de ideas.

La bioética, que se inicia en la década de los setenta del siglo pasado, es un encuentro entre las ciencias de la vida y el derecho y la filosofía. En verdad, es multidisciplinaria, surgió para ayudarnos a tomar decisiones, una sabiduría de la vida, una guía. En 1974 el Congreso de los Estados Unidos crea una comisión para identificar los principios éticos básicos que deben regir la investigación con seres humanos en la medicina. En 1978 los comisionados publican el «Informe Belmont», donde distinguen tres principios éticos básicos, por este orden: respeto por las personas (autonomía), beneficencia y justicia. Posteriormente se ha añadido la no-maleficencia.

Pero ¿cómo hacemos en un caso concreto, cómo aplicamos estos principios? ¿Cómo actuamos ante un problema difícil? Debemos hacer una reflexión moral, que consiste en buscar en qué principios se basan mis opiniones (todos tenemos opiniones, un adolescente también opina sobre la lista de temas anteriores), y discutir conmigo mismo o con otros si estoy de acuerdo con esos principios y con las objeciones que se le pueden articular.

Lo óptimo sería al revés, tener unos principios y que mis juicios deriven siempre de mis principios. Muchas veces nos hacemos la ilusión de que es así como pensamos, pero sugiero examinarnos con sinceridad para localizar aquellos juicios que están desconectados de los principios, y donde no hay acuerdo, lograr la concordancia entre los juicios que hacemos y los principios a los que nos adherimos. Aún quedaría la coherencia con nuestras acciones. Lo importante es que esta reflexión puede conducirnos a la verdad moral.





En este artículo voy a esbozar brevemente las tres grandes líneas de la historia de la ética para acompañar esta reflexión moral.

Ética utilitarista

Unos principios muy extendidos, sobre todo entre economistas y empresarios, y en toda la ciudadanía es la ética utilitarista: «maximizar la felicidad, el bienestar, aumentar la prosperidad, lograr la mayor felicidad para el mayor número». En la época moderna, el padre de esta teoría fue el filósofo y economista Jeremy Bentham, que llegó al principio de maximizar la felicidad con el razonamiento de que a todos nos gobiernan las sensaciones de dolor y placer, que son nuestros amos soberanos. Bentham se burlaba de los derechos naturales que podía tener cada persona, y esta es la primera objeción a plantearse, dónde quedan los derechos individuales de cada persona. Por ejemplo: ¿se puede torturar a los hijos de corta edad de un terrorista para que confiese el lugar donde ha colocado un artefacto explosivo?

La segunda objeción se basa en que el utilitarismo es una ciencia moral basada en medir y calcular la felicidad. Necesitamos una unidad común de valor, como una moneda que diga la equivalencia, por ejemplo, entre el placer o felicidad de comerse un pastel de chocolate, disfrutar de un concierto de música, leer a Benedetti o a Lope de Vega, un orgasmo, contemplar una puesta de sol, jugar con los niños... Incluso necesitamos llegar a responder esta pregunta: ¿cuánto vale una vida humana? Las compañías de seguros tienen unos baremos para los accidentes donde la vida de una persona se calcula en función de diversas condiciones: si tiene personas a su cargo, su edad y su sueldo. No vale lo mismo un mileurista que un ingeniero, ni una persona de sesenta años que una de cuarenta. ¿Estamos de acuerdo con esta valoración de la vida?



Ética kantiana

Otra postura ética es el liberalismo, que da a la libertad y a la autonomía de cada individuo el valor de principio primordial. La argumentación se suele basar en la tradición kantiana y, con ella, el respeto a los derechos individuales.

En el caso extremo, el Estado tiene unas funciones mínimas para no intervenir en la libertad de cada uno: debe obligar a cumplir contratos, proteger del robo, mantener la paz. Se rechazaría el paternalismo y no se legislaría, por ejemplo, sobre la obligación de llevar cinturón de seguridad, ni aspectos sociales como la homosexualidad, la prostitución, no habría redistribución de renta y patrimonio, y el mercado con la oferta y la demanda regularía los precios, cada uno se preocuparía de su futuro sin seguridad social para el desempleo, pensiones de vejez, y tampoco habría regulaciones de salario mínimo. Además, con esta postura llevada al extremo, los empresarios pueden discriminar por raza, religión, sexo. Vamos viendo en la propia exposición algunas objeciones a esta postura libertaria.

Y, tristemente, la libertad individual como principio está en la justificación de todos los desmanes del libre mercado y nos ha llevado a una desigualdad económica brutal: el 20% de la población tiene el 80% de la riqueza, el 90% de los gastos en salud lo disfruta el 10% de la población, en el que solo tenemos el 7% de la enfermedad.

¿Me permitís dudar de que el mercado, en condiciones idóneas, se autorregule? Pero, además, nosotros partimos de unas condiciones iniciales que no eran equitativas: ¿estamos seguros de que los patrimonios han sido todos adquiridos de forma legal por nuestros antepasados? ¿Acaso no es el trabajo de los esclavos el origen de las fortunas que venían de América? ¿Y las riquezas obtenidas en las guerras o la expropiación a indígenas? ¿Y los miles de abusos en fábricas de África y Asia que se siguen dando hoy?

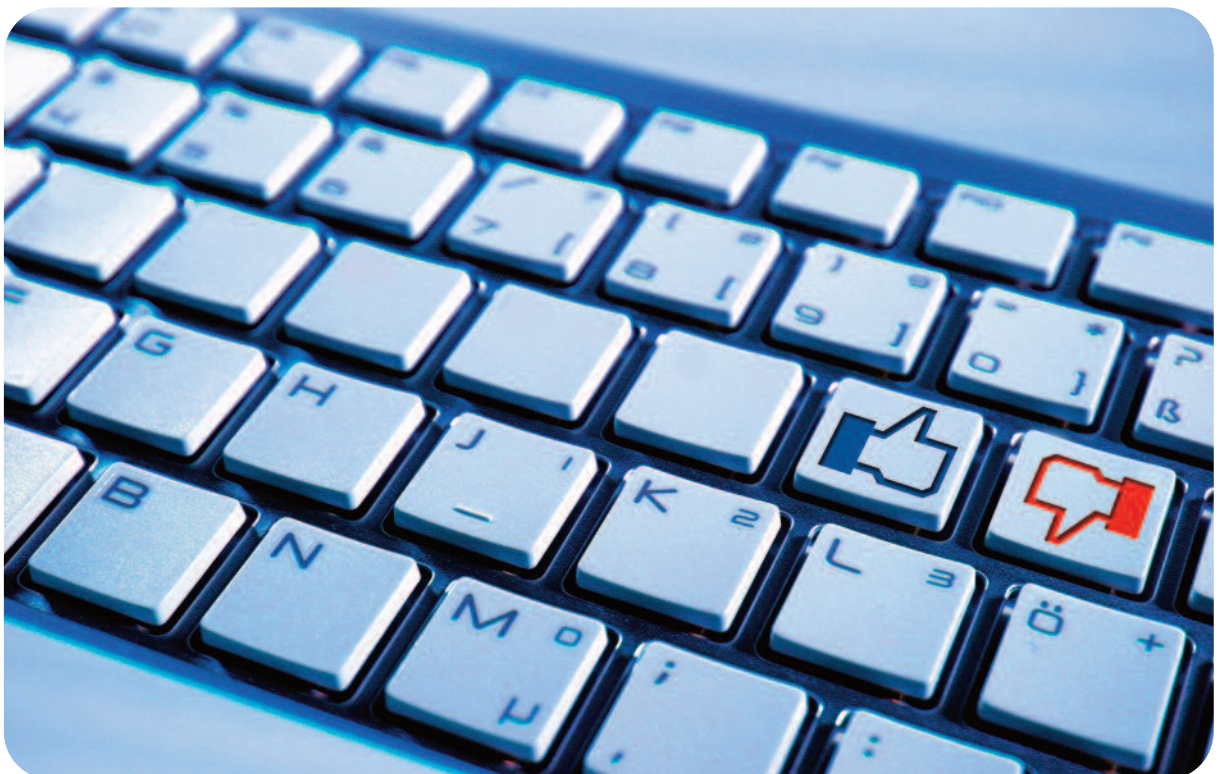
La economía de mercado no ha regulado estas condiciones de desigualdad; lo que hemos comprobado es que se incrementan, y cada vez los pobres son más pobres y los ricos más ricos.

Hoy en día la ciencia se ejerce en este contexto competitivo de mercado, en el que los intereses particulares ponen a prueba las buenas prácticas científicas. Por ejemplo, la lucha para obtener financiación puede conllevar una tendencia a exagerar las potenciales aplicaciones de la investigación, aun cuando estas sean inexistentes o todavía muy incipientes. A veces, investigaciones muy interesantes, incluso con expectativas de un buen resultado, no encuentran financiación. Un caso paradigmático es el de las enfermedades minoritarias, ya que sus fármacos no resultan rentables para la industria.

El liberalismo también genera uno de los debates más acalorados ante la pregunta sobre si hay bienes que el dinero no deba comprar. ¿Me puedo vender a mí mismo? ¿Somos nuestros propios dueños?

Si yo me pertenezco a mí mismo, yo puedo decidir sobre mi cuerpo, y quedan zanjados inmediatamente temas como la eutanasia. Pero ni tan siquiera John Locke, el gran teórico de los derechos de propiedad, proclamaba un derecho tan ilimitado como ser dueño de uno mismo.

La primera objeción proviene de que las necesidades económicas, las situaciones emocionales y la falta de conocimiento influyen en las decisiones que toman las personas. Se trataría de proteger a la persona de sí misma. Es curioso comprobar las cláusulas de los seguros de vida. Hay una que aparece en todas las compañías: «No se indemniza por suicidio en el primer año de suscripción de la póliza». Parece ser que la probabilidad de mantener la decisión de suicidio un año después es tan baja que a las aseguradoras ya no les representa un riesgo comprometerse.



Personalmente, creo que la objeción más interesante proviene de Rousseau: «convertir un bien cívico en un bien de mercado no aumenta la libertad, la socava». Y podemos ejemplificarlo con uno de los temas que en bioética suscitan mayores debates: la gestación por sustitución. Ni siquiera hay acuerdo en su denominación. Así, podemos hallar un arco de expresiones que oscilan entre la peyorativa «vientres de alquiler», la emocional «maternidad subrogada» y la eufemística «gestación por sustitución», expresión que finalmente se ha impuesto en el ordenamiento jurídico español.

Con independencia de la denominación utilizada, se trata de un supuesto en el que una mujer engendra un hijo por encargo de otras personas y después lo entrega, bajo precio o de forma gratuita. El primero caso sería un modelo neoliberal, donde una persona oferta su cuerpo como cualquier otro bien o servicio. Se ampararía en la libertad contractual propia de un sistema capitalista. El segundo abogaría por la misma posibilidad, pero de forma gratuita. Solo se compensarían los gastos que genere la operación (atención sanitaria, postparto, etc.). En ambos supuestos se abre el mercado de las vidas humanas, incluso se genera un mercado low cost bajo el cual se encubren, además, conductas ilícitas de trata y tráfico de personas.

En el modelo español, no existe expresamente una prohibición sino una declaración de nulidad del contrato, con lo que la mujer gestante es la madre a todos los efectos legales. El problema radica en que hoy nada impide ir a países donde este tipo de contratos es lícito (o no está regulado) y volver a España con el bebé. Es una cuestión que ya mueve miles de millones de euros, con intermediarios y agencias, en un contexto de enormes desigualdades sociales y económicas, y con el problema de fondo de niños que ya están aquí y a los que hay que proteger.

La opinión de la ciudadanía y de los expertos está dividida. Desde la perspectiva del comité de bioética, no toda relación humana puede ser absorbida por la dinámica del mercado. La prioridad es siempre la protección de las personas más vulnerables en cada situación, que en este caso serían los niños nacidos a través de esta práctica y las





mujeres gestantes. Históricamente, la mujer estaba relegada del espacio público para dedicarse a la función reproductora y cuidadora. A medida que la mujer ha ido adquiriendo mayor espacio en la vida pública, su identidad ya no se agota ni acaba con la reproducción. La «desacralización» de la maternidad ha supuesto una liberación para ella, pero eso no quiere decir que el embarazo carezca de importancia para la mujer gestante. Durante el mismo se producen cambios hormonales, existen riesgos para la salud física y psíquica... Y forzar la alienación de la madre con el nacido, negando el vínculo emocional, es una práctica que produce una instrumentalización o cosificación de la mujer, es reducirla a la función de mera «vasija» o «incubadora»; por ello es una explotación, contraria a la dignidad.

Se dice que la mujer es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera, y este «lo que quiera» incluye gestar para otros. Pero, en nuestro país, ¿dónde están las mujeres que libremente quieren ser gestantes para otros? ¿Hay voluntarias de la clase media y alta para hacer ese trabajo? Solo la posición socioeconómica determina esa elección. En la India se pagan 7000 dólares a una mujer por gestar, es el sueldo de quince años. Las decisiones que adopta una mujer concreta deben ser respetadas, pero el respeto a las decisiones de unas pocas no puede ir en detrimento de otras (muchas) que pueden ser objeto de explotación. Podemos preguntarnos si permitir negociar con la vida es facilitar la explotación de las mujeres, y si estamos abriendo la puerta otra vez a la compra y trata de personas. La siguiente pregunta que se abriría una vez aprobada legalmente esta transacción es: ¿cuál será la edad máxima en la que se puede comprar o regalar un bebé: 1 hora, 1 día, 1 mes, 1 año...?

Para el argumento de la libertad y la autonomía se utiliza a Kant. Sus respuestas se alzan gigantescas sobre la filosofía moral y política desde que enunció en la *Fundamentación*



de la metafísica de las costumbres (1785) cuál es el principio supremo de la moral, y, en respuesta, aborda qué es la libertad. Kant hace una crítica devastadora al utilitarismo. La moral no consiste en maximizar la felicidad ni en perseguir ningún otro fin: consiste en respetar a personas como fines en sí mismas.

La idea de libertad de Kant es exigente, no es la libertad de mercado, ni la elección del consumidor. La moral no puede basarse en consideraciones empíricas como son los intereses, necesidades o deseos. Son variables y contingentes. Si satisfacemos emociones, apetitos y deseos, no está mal, pero no somos libres, no importa si el deseo me ha venido determinado por la biología o por la sociedad. Decía Kant: seguir las emociones produce acciones heterónomas y la acción moral radica en una acción autónoma, es decir, cuando me doy una ley a mí mismo.

Una objeción es si nos daremos todos la misma ley. Kant consideraba que no escogemos como tú o yo, sino como seres racionales partícipes de lo que llamaba la razón práctica pura, lo que los hindúes llaman Manas. Para los empiristas la razón es instrumental. Hobbes la llama la exploradora de deseos; Hume, la esclava de las pasiones. Kant dice: si la razón no fuese más que eso, estaríamos mejor con el instinto, somos dignos de respeto no porque seamos nuestros propios dueños, sino porque somos seres racionales, autónomos, capaces de actuar libremente.

Otra objeción radica en estar o no motivado siempre por deseos e inclinaciones externos. ¿El libre albedrío es fantasía? Para Kant la libertad no es del tipo de cosas que la ciencia pueda refutar o probar; tampoco la moral, porque la libertad y la moral actúan en el reino inteligible, es allí donde actúo como un ser libre; la psicología y aun la neurociencia actúan en el reino de lo sensible. La moral no es empírica. La ciencia no puede, con todo su poder y penetración, llegar a cuestiones morales, porque opera en

el reino de lo sensible. Kant afirma: «imposible es a la razón humana más común expulsar a la libertad razonando».

Ética aristotélica

Los principios de la bioética, aunque citan la autonomía kantiana, han vuelto su mirada al origen, volvemos a los griegos. Vamos a explicar la posición platónico-aristotélica de la ética, porque en este tema, maestro y discípulo no discrepan.

Aristóteles preconizaba la búsqueda del Bien como el fin de las acciones humanas. Hoy se le tiene miedo a esta postura, se la ve como un anatema, porque los talibanes discursan sobre la virtud, los fanáticos morales pisan cualquier derecho individual justificados por su virtud, pero también Martin Luther King, Nelson Mandela, Germaine Tillion, Martha Nussbaum, Victoria Camps, Adela Cortina...

¿Qué es una buena persona? ¿Cuál es el bien para un ser humano? La diferencia entre los griegos y nosotros estriba en esta noción. Para nosotros, la virtud es una cualidad interior, se tiene en cuenta la intención. Para los griegos es areté, una excelencia, un poder que algo tiene para funcionar bien. La virtud de un martillo es su cabeza dura, porque su función es clavar un clavo. Es bueno porque cumple su función. Pero ¿cuál es la función de la vida humana? ¿Cuál es la vida buena? Con estos interrogantes inicia su indagación. Nuestras acciones tienen un fin. Por ejemplo, vamos a clase para aprobar la materia, para aprobar la carrera, para conseguir un trabajo, para tener dinero, para comprar cosas, y así haríamos una larga lista de medios y fines. ¿Cuál es el fin final? Responde Aristóteles: la eudaimonía, traducida a veces como felicidad o prosperidad, pero estas son acepciones más materialistas de lo que pretendía el filósofo. Aristóteles habla de «buen daimon», de «buen genio o espíritu». La felicidad aristotélica no tiene



nada que ver con el dinero, los honores, el placer o la satisfacción de los sentidos, sino con la actividad del alma de acuerdo al Nous. En Aristóteles, para encontrar los principios en los que basarnos, para definir los derechos humanos, hemos de determinar un telos, un fin: el bien de la vida humana, es una ética teleológica.

En la ciencia, hemos prescindido de las razones teleológicas, la naturaleza no tiene una finalidad, las cosas «son» y no se aceptan explicaciones del tipo «El árbol da naranjas para que las comamos los seres humanos o los pajaritos». La ciencia solo describe la realidad que ve, este es el paradigma. Como el paradigma de la ciencia influye en nuestra visión del mundo, estamos inclinados a rechazar este tipo de pensamiento teleológico aristotélico en política o moral.

Hoy más que nunca necesitamos del concepto aristotélico de ética, porque del diálogo entre ciencia y sociedad, surgen los paradigmas de lo que consideramos verdadero y, por ende, bueno. No se puede debatir sobre muchos problemas de la sociedad, de la justicia y de derechos sin abordar cuestiones morales sujetas a polémica, no es posible obviar cuál es la vida buena. Y cuando es posible, quizás no es deseable. Los fundamentalistas vuelan donde los liberales no se atreven a pisar. Somos responsables del mundo, tanto del medio ambiente como del bienestar de las personas o de las discriminaciones que se den. Victoria Camps resume el núcleo de la ética hoy en una palabra: responsabilidad.

Cierro este artículo invitándonos a caminar con decisión hacia ese mundo mejor, en el que hay que dar todo el espacio necesario a la ciencia en su búsqueda de la verdad, pero acompañada de la ética que busca la bondad, el bien individual y el bien común. Como hace 2500 años, encontramos en el gran maestro de Occidente, que fue Platón, que hay en lo profundo una unidad indisoluble entre el bien, la belleza, la verdad y la justicia. Porque hablamos de ética en la ciencia porque en nuestra sociedad necesitamos no solo verdad, sino también bondad, justicia y belleza.





Referencias

Casado, M., & Navarro Michel, M. *Document sobre gestació per substitució*; Universitat de Barcelona (Ed.)

Kant, I. (1785). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Echegoyen Olleta, J., García-Baró M.(Eds.); Madrid: Mare Nostrum.

Nussbaum, M. (2004). *La fragilidad del bien: Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega* (2.ª ed., La Balsa de la Medusa; 77). Madrid: Visor.

Olivé, L. (2000). *El bien, el mal y la razón: facetas de la ciencia y de la tecnología* (1.ª ed.). México: Paidós.

Sandel, M. J. (2018). *Justicia: ¿hacemos lo que debemos?* (1.ª ed. en esta presentación, reimp. ed.). Barcelona: Debolsillo.

Imágenes

Agujero de gusano: Johnson Martin en Pixabay

ADN: Gerd Altmann en Pixabay

Verdadero y falso: RosZie en Pixabay

Mujer feliz: John Hain en Pixabay

Teclado: Gerd Altmann en Pixabay

Brújula moral: AvocetGEO en Pixabay

Mujer embarazada: Marncom en Pixabay

Sí, No: RosZie en Pixabay

Ethics: RosZie en Pixabay

Mano con corazón: Ri Butoy en Pixabay

Amanecer: Hans en Pixabay



www.revistaesfinge.com